

es verdad? Me atacan rudamente y debo ingeniarme para evitar los golpes y para devolverlos. Reflexionaré. Indudablemente tiene usted razón. Lo que necesito es una respuesta que venga de arriba y que aplaste á esa Florisa. Buscaré la personalidad literaria más adecuada para encomendarle la tarea de vengarme...

Se levantó para despedirse. Parisot, mirándola con el rabillo del ojo, se decía:

— ¡Vamos! No necesitará buscar mucho; ya tiene hecha la elección.

— Hasta la vista, querido señor, — exclamó la señora de Sortais. — No descuide la propaganda de mi libro... Toda vez que me dice que ese atroz artículo ha animado la venta, aprovechémonos de ella. Siempre será botín ganado al enemigo...

Tendió la mano al editor, y, desde la puerta del despacho:

— Gracias por los consejos que me ha dado usted; son muy discretos, y procuraré sacar partido de ellos...

— De seguro triunfará, — dijo galantemente Parisot. — Creo que es usted de las personas á la cuales nada se resiste.

— ¡Ya lo veremos!

Y, con paso rápido, se alejó, perdiéndose su elegante silueta en los sombríos pasillos cuyos muros estaban cubiertos por estanterías llenas de libros.

V

Se celebraba en la Comedia Intima la quincuagésima representación de *Rayo de sol*, obra á la cual debía reemplazar en el cartel la primera producción de Treillard. En las gacetillas teatrales de los periódicos se había hablado vagamente de una fiesta ofrecida por el autor y por el director á los intérpretes, para celebrar el medio ciento de representaciones, con la esperanza de animar al público para otra nueva serie próspera. Treillard, que tenía necesidad de hablar con el director, Noel Parkin, se dirigió, después de comer, hacia el teatro. No le disgustaba poder ver á una actriz jovencita, á la cual no conocía, y que Parkin le recomendaba con insistencia extraordinaria para el desempeño de uno de los papeles secundarios de la obra. A juzgar por los elogios del director, se trataba de una Réjane en miniatura. Tenía veinte años, belleza, *chic* y talento henchido de esperanzas.

— Venga á verla, sin avisar, — le había dicho

Parkin. — Éntrese en la sala, colóquese en un rincón, óigala, y luego me dará su opinión.

Treillard, sin convicción, pero sin prejuicios, iba á la Comedia Intima para juzgar á la señorita Claudina Nantheuil. Acogido con afectuosas sonrisas por acomodadores y porteros, el autor se negó á que lo acompañaran para abrirle una platea. Deseaba, de acuerdo con la recomendación de Parkin, no llamar la atención. Se deslizó hasta la orquesta, ocupó una banqueta, y, en la sombra propicia de aquella localidad, escuchó. La obra de Bergès era una de esas comedias sin piés ni cabeza, que los críticos renuncian á analizar por ser tarea imposible, y de la cual dicen que pertenece á un género muy parisién. En ella figuraba una mujer con dos amantes, que se tomaba grandísimos trabajos por ocultar su falta al primero, que apenas le hacía caso, y por retener al segundo, que ya empezaba á engañarla con otra. La otra era la señorita Claudina Nantheuil. Bonita, bien vestida, con un desparpajo extraordinario y sin pizca de talento, tal era la futura Réjane anunciada por Parkin. Treillard sintióse algo malhumorado. Aguardó pacientemente el final del acto; luego, salió al pasillo, fué á llamar á la puerta de comunicación y entró en el escenario. Pousagret, el representante de la Empresa, vigilaba la colocación del decorado. Se adelantó hacia el autor y, empujándolo vivamente para evitarle el choque con una corredera de bastidor que dos maquinistas conducían, le dijo:

— El señor Parkin está en su despacho...

— Bueno, voy á verlo...

Pero no tuvo tiempo para atravesar la escena. Resplandeciente de afeites, bajo la cruda luz de los focos voltaicos, sonriente y conmovida, Claudina Nantheuil avanzó hacia el autor.

— ¡Ah! señor Pousagret, — exclamó. — Le ruego tenga la bondad de presentarme al señor Treillard...

Y como Treillard esbozara un gesto de aquiescencia cortés:

— Querido maestro, estoy tan contenta de tener el gusto de tratarle, y tan asustada ante la idea de que tal vez me haya usted oído...

— Nada tiene usted que temer, señorita, — contestó Treillard, amablemente. — Es agradable verla en escena...

— ¿Agradable, verme? — exclamó Claudina. — Eso es lo que menos me preocupa... Pero, si le parece, nos alejaremos de esta polvareda... Concédame cinco minutos de audiencia en mi cuarto...

Graciosamente, acompañó á Treillard hasta la escalera, y allí le dijo:

— Primer piso, á la derecha, al final del pasillo...

Melval, el gran primer actor, bajaba. Se apartó para dejar paso y, bromeando:

— ¡Oh! ¡Oh! Querido maestro ¡Atrapado ya por esta jovencita! ¡Encantadora criatura! ¡Brillante porvenir le aguarda!

— Gracias, Melval — contestó Claudina, entrea-

briendo los purpurinos labios y dejando ver la deslumbrante dentadura.

— ¡ Bueno ! ¡ Es por lo visto consigna obligada de la casa ! — pensó Treillard, cambiando un apretón de manos con el gran actor.

Avanzó pasando ante los camarines, de cuyas puertas semiabiertas surgían chorros de violenta luz proyectada por las lámparas eléctricas sobre la obscuridad del pasillo. Por los huecos mal cerrados, Treillard veía, de soslayo, á las actrices sentadas ante el tocador, cubriéndose brazos, pecho y espalda con blanquete. Una de las actrices, con el busto mal cubierto por camisa de encajes, se volvió y amenazando maliciosamente al literato, con la borla de polvos que tenía en la mano :

— ¡ Muy bien ! ¡ Se vé que no pierdes el tiempo, Claudina ! ¡ Ya has pescado al autor ! Si alguien quiere hablar con él... ! ¡ que tenga paciencia !

— ¡ Despacho en seguida ! ¡ Cinco minutos nada más !

— ¡ Cinco minutos bien empleados bastan para hacer carrera !

Sonaron ecos de risas sofocadas en los camarines, y Treillard entró en el de la señorita de Nantheuil. La camarera aguardaba de pié, junto al armario de ropa.

— Puede volver en seguida, señora Courtin. No trabajo en el segundo acto ; tenemos tiempo. Siéntese, querido maestro.

Ofreció á Treillard la butaca y se sentó junto á él.

En aquel cuartito que tendría poco más de dos metros, ocupado por mueblecillos, y por gran espejotocador, con las paredes tapizadas de tela persa *modern-style*, Claudina Nantheuil, á la cegadora luz de las lámparas incandescentes, apareció tal cual era : joven, linda, con ojos azules, cabellos de azabache, busto soberbio, y elegante á pedir de boca.

— Supongo, — dijo el autor, — que ya Parkin le habra hablado de mí. Pero la recomendación de mi director era cosa casi obligada. Deseaba yo, personalmente, explicar á usted lo que deseo, y, acaso hacerle comprender lo que puedo esperar. No sé nada del teatro. No he estudiado nada de arte dramático ; salgo del Conservatorio. Hace seis meses era institutriz. Poseo el diploma superior. Pero, prontamente, he visto que nada adelantaría consagrándome á la enseñanza. Comencé á educar á una jovencita de buena familia, cuyo padre, al cabo de tres semanas, intentó seducirme. Abandoné mi plaza y entré al servicio de otra familia, y tampoco me hallé tranquila...

— Esas malas pasadas, hay que ponerlas en cuenta de la belleza de usted, — interrumpió Treillard.

— Bueno, pues comprendí que mi belleza, como usted dice, no me sería útil sino donde pudiese servir para algo ; por eso me dediqué al teatro. Ya vé que hablo francamente, contando las cosas como son.

— Continúe, — observó Treillard, sonriendo. — Me interesa usted.

— Lo esperaba. No me parecía posible que un hombre del talento de usted, no se conmoviera ante

la situación de una persona como yo, y no se interesara por auxiliarla en la lucha que sostiene para ser algo más que una actriz adocenada. Es evidente que si quisiera limitarme á ser una *entretendida*, me resultaría muy fácil. Las proposiciones que se me han hecho en las casas donde he vivido, me garantizan que no faltaría quién me pagase lujo y comodidades.

Treillard la miró fijamente, y, con acento terminante, cual si estuviera confesándola y tuviese el derecho de saberlo todo:

— ¿Es usted juiciosa?

Claudina Nantheuil fijó en el autor sus hermosos ojos, y, sin vulgar pudor, con franqueza sonriente:

— ¡No! Si usted entiende que no se es juiciosa cuando sólo se tiene un amante. Sí, si entiende que cabe serlo cuando sólo se tiene uno y se le ama.

— Y ¿no está celoso viendo á usted metida en el teatro?

— No puede sostenerme y sabe que necesito ganarme la vida.

— ¿Es joven?

— Sí, y guapo. Por él tuve que dejar la última casa en que serví; sus padres descubrieron nuestras relaciones y tuve que marcharme.

— ¡Muy bien! señorita Claudina, — dijo Treillard — Agradezco mucho la confianza de usted. Ya hablaremos más despacio de todo esto. Cuente, entre tanto, con mi buena voluntad. Y, ahora, me marchó; voy á ver al director de usted.

— Gracias, querido maestro.

Le tendió una mano encantadora; el literato la estrechó, abrió la puerta, y salió al pasillo.

— ¡A escena para el segundo!... ¡Vamos á empezar! — gritó el traspunte, al pié de la escalera.

Hubo empujones y codazos para bajar; y en medio de las actrices que se disponían á entrar en escena, Treillard, bromeando alegremente, se encontró ante la puerta del despacho de Parkin.

— El señor Director está esperando á usted, — dijo el ordenanza de la dirección. Y abrió la puerta acolchada que amparaba á Parkin contra curiosidades indiscretas.

— ¡Ah! ¿Ha concluido usted ya de bromear con mis artistas? — preguntó jovialmente el Director al joven literato.

— Vengo de hablar con la señorita Claudina Nantheuil.

— Me lo figuraba. Bueno ¿qué opina usted?

— Me parece muy inteligente. Pero ¿qué sabe?

— Ya se lo habrá dicho á usted: nada.

— Preferible es á que tenga resabios. Por lo menos no habrá que empezar por quitárselos.

— Es una joven encantadora, muy distinguida y muy recomendada.

— ¡Ah! ¿Por quién?

— Mi querido amigo, por un montón de personas extremadamente *chic*... La flor y nata de los casinos... No sé dónde ha buscado tantísimo recomendante... Se dice que los conoció en los salones aris-

tocráticos, en los que ha vivido y de los que ha salido, según ya le habrá contado á usted...

— Sí, pero con medias palabras.

— Es muy discreta. Pero yo lo sé todo. Ha sido lectora en casa de la marquesa de Sérteuil... Toda la alta sociedad la ha visto en el espléndido salón de esa linajuda dama...

— ¿Y allí, el Marqués?...

— ¡Perfectamente! De allí pasó, recomendada por la misma Marquesa, á casa de los de Roize, para servir de compañera, más que de institutriz, á la hija de esos señores...

Al oír el apellido de Roize, Treillard hizo un movimiento tan brusco que Parkin se detuvo y dijo:

— ¿Qué le pasa á usted?

— Nada. Siga contando.

— En casa de los de Roize no sé exactamente lo ocurrido. Claudina había triunfado en toda la línea, haciéndose muy amiga de su discípula; pero uno de los dos barones, el padre ó el hijo, ó tal vez los dos, se fijaron en que la institutriz era encantadora...

— Y tuvo que hacer su equipaje... Pero... ¿no sabe usted si fué el padre ó el hijo?

— ¿Que más da? Lo cierto es que la linda señorita Nantheuil, que dicho sea de paso, no se apellida Nantheuil, se encontró en medio de la calle y me vino á buscar deliberadamente... ¿Qué le ocurre á usted, Treillard? No escucha lo que le digo.

Parkin tenía razón. Treillard no escuchaba lo que el director del teatro le refería. Habíase lanzado al

extenso campo de las conjeturas, campo que, ampliamente, acababa de abrirse por la intervención del barón de Roize en la aventura de la señorita Nantheuil. Porque para el literato no ofrecía duda que se trataba del hijo, del guapo Mauricio que recibía en su cuarto de soltero las visitas de la señora de Sortais, del lindo baroncito en cuyo honor Andrés se vió rudamente maltratado por la aristocrática Marquesa. En un instante entrevió un nuevo aspecto de la situación, y encontró tales motivos de complacencia que le asomó á los labios una sonrisa acerca de cuyo significado se equivocó completamente el director del teatro.

— ¡Ah! ¿Será posible que esa chicuela haya engatusado á usted por arte de birlibirloque? ¡Caramba! No pretendí tanto cuando se la recomendé!

— ¡Tranquilícese! — dijo Treillard, haciendo esfuerzos para serenarse. — Lo que yo pienso no tiene nada que ver con esa damita joven... Me ha entretenido mucho el relato de usted pues, por coincidencia curiosísima se asemeja con bastante exactitud á algo que yo conozco... Bueno, pues me intereso por esa artista; le confiaremos el papel de señora de Dargis, que aun no sabíamos, á quien encomendar.. Le irá como un guante. Además, la haré trabajar...

— ¡Oh! ¡Entonces!

— Dígame; me ha declarado Claudina que tiene un amante.

— ¡No faltaría más, sino que no lo tuviera! ¿Quién iba á pagarle los trajes? ¿Ella, con doscientos fran-

cos mensuales de sueldo? ¿Yo, con dos mil ochocientos francos de gastos diarios?..

— ¿Sabe usted si el amante viene á verla al teatro?

Parkin hizo un gesto de censura.

— ¡Ah! ¡No vale engañarme, amigo Treillard! Usted se interesa por mi artista, más de lo que dice. ¡Vamos! Sea franco: ¿ha habido flechazo?

— ¿Es usted imbécil?

— ¡No! No soy imbécil. Ni usted tampoco. ¡Afortunadamente! Además, usted es libre y soltero. Volviendo al asunto: la señorita Nantheuil no recibe visitas en su camarín. A mayor abundamiento, es cosa terminantemente prohibida, so pena de multa. Vea el anuncio que hay en el pasillo...

Treillard inmediatamente cambió el tema de la conversación. Ya sabía que para informarse, acerca de la identidad del amante de Claudina, tenía que preguntar en otra parte que no fuera el teatro. Consideró indispensable disipar las sospechas que había despertado en el ánimo de Parkin. Por lo demás, salvo en aquellos casos en que tenía especial interés en continuar ó romper un contrato, el Director concedía escasísima importancia á las relaciones que pudieran sostener las artistas de su teatro. Como el literato le hablase de un artículo muy encomiástico, que se había publicado aquella misma noche, hablando de la *Comedia Intima*, el Director principió á quitar las fajas á los periódicos que tenía amontonados sobre la mesa: y ya no volvió á hablarse de la linda señorita Nantheuil.

Treillard, so pretexto de dar una vuelta por el escenario, dejó á Parkin ocupado en sus asuntos, y, llegando á la Contaduría, empujó una puerta vidriera. Sentado ante un bufete viejísimo, un hombrecito enjuto, calvo y afeitado, examinaba minuciosamente un cartel. Era Valmoreau, el director de escena, cómico viejo, educado en la antigua escuela, conocedor de todas las tradiciones, que había colaborado en la presentación de todas las obras dramáticas estrenadas en el *Gimnasio*, bajo las direcciones de Montigny y de Koning. Creó papeles en todas las comedias del magnífico repertorio de Augier, Dumas, Feuillet y Sardou. Fué compañero de Delaporte, de Desclée, de Pasca y de Pierson. Conoció á Bressant, Dupuis, Lafont, al soberbio Lafontaine, y tuteó á Geffroy y á Saint-Germain. Era fuente inagotable de recuerdos, de frases de ingenio y de anécdotas. Y, sobre todo, conocía á todos los artistas de París y de provincias, por haberlos tenido bajo su férula, un día ó un año, en el *Gimnasio*, primero, y, en la *Comedia Intima*, ahora. Apesar de haber cumplido setenta años, aún se encargaba de representar papeles secundarios. Valmoreau al oír el crugido de la puerta, levantó la cabeza y una sonrisa contrajo su cara de cómico viejo.

— ¿En qué puedo servirle, señor Treillard? — preguntó, sin abandonar el examen del cartel. — Mire, estos zopencos de tipógrafos, aun no se han enterado de cómo se escribe el apellido de Sauvagez, del aplaudido autor del juguete que representamos...

¡ Bonita errata ! Termina en z, borricos ; en z y no en s. Esos bárbaros se dedican á reformar la ortografía.

Se levantó, fijó el cartel á la pared con un clavo, y se volvió hacia el autor :

— ¿ Desea usted alguna cosa, señor Treillard ?

— Sí. Desearía saber dónde vive la señorita Nantheuil.

El anciano abrió un libro-registro, colocado sobre el bufete, volvió varias hojas y dijo :

— Claudina Nantheuil, calle de Ballu, número 14... Aguarde, se las daré por escrito... ¡ Linda muchacha ! Sin amante en el teatro... No le gustan los del oficio... Nuestro insigne galán joven, Rigaud, se llevó chasco ; lo mismo le ha sucedido á Merlowe, el primer actor cómico... Ni el mono ni el buen mozo han logrado verse favorecidos... ¿ Piensa usted intentar la aventura ?

— No. Quiero, sencillamente, enviar mañana temprano su papel á la señorita Nantheuil. Va á representar la señora de Dargis...

— ¡ Muy bien ! ¡ Ah ! Se me ha ocurrido una idea para el final del « primero ». ¿ Si hiciéramos entrar á todos los personajes ? Una escena entre dos, para bajar el telón, en el primer acto... ¡ resulta fría !.. No hay dificultad para hacer lo que propongo... El Conde dice á la joven : « ¡ Ya se arrepentirá Ud. ! » Ella se aleja murmurando « ¡ Nunca ! » El Conde avanza hacia el foro, y todos los personajes entran... Resulta animado, brillante : un final de acto estilo

Montigny ¡ Ah ! Ese entendía la *mise en scene*... ¡ Cómo que la inventó ! Él fué el primero que tuvo la idea de llenar el escenario de muebles, para hacer evolucionar á los personajes. Eso da la sensación de la vida...

Treillard, algo inquieto viendo al cómico viejo desarrollar sus teorías acerca de la presentación de las obras, dió un paso hacia la puerta y dijo, con cortesía :

— Usted, señor Valmoreau, nos ha conservado todas las bellas tradiciones...

— ¡ Ah ! ¡ Sólo soy un mal imitador !.. Verdad es que detrás de mí... ¡ Ah ! ¿ Qué habrá después ?.. ¡ Nada !, señor. ¡ Nada ! Sombras é incoherencias.

Caminando por los bulevares, con las señas de la casa de Claudina Nantheuil en el bolsillo, pensaba Treillard :

— ¡ Si tuviese la suerte de que el brillante barón de Roize fuera el amante oculto de esa linda joven-cita ! ¡ Qué desquite para mí ! ¡ Ah ! Marquesa, entonces tendría usted una novela vivida que podría darle asunto para un libro. Pero ¿ cómo saber á qué atenerme ? Realmente no puedo dedicarme á vigilar la casa de Claudina, como estuve vigilando el cuarto del Barón. No me agrada el oficio de espía. Y, sin embargo, necesito averiguar la verdad. ¡ Aquí de la inventiva de autor teatral, para idear uno de esos medios infalibles que producen, en los *vaudevilles*, enredos decisivos ! Colocar frente á frente á la Marquesa y á Claudina, y en medio al lindo Barón...